

Mujeres y economía: ¿cuáles son los retos?

Prácticas económicas solidarias: entre resistencia y justicia social

Preámbulo

Este texto está basado en su mayor parte en los trabajos del taller «Mujeres y economía» del PSES dirigido por un comité mixto de académicos y profesionales practicantes: la Universidad de Quebec (Josée Belleau y Cécile Sabourin), la ADEL (Madeleine Hersent) y el GRESP (Nedda Angulo). Ha sido nutrido con estudios de casos (realizados, aquí también, tanto por investigadores como por profesionales practicantes), con las reflexiones y propuestas resultantes de las diferentes reuniones así como con las síntesis intermedias realizadas por Cécile Sabourin¹. Esta síntesis propone una puesta en perspectiva de estos trabajos a la luz del problema más general de las desigualdades por razón de sexo.

Resumen

Mientras que las desigualdades entre hombres y mujeres dan prueba de una excelente resistencia, muchas iniciativas locales promovidas por mujeres unen acciones económicas y solidaridades con vistas a un acceso más justo a los derechos económicos, sociales y políticos de base. A pesar de sus debilidades – debilidades que, por otra parte, son ampliamente el fruto de su invisibilidad, de desigualdades de acceso a los recursos y de la inadecuación de los marcos reglamentarios y de los procedimientos clásicos de acompañamiento de proyectos – estas iniciativas desempeñan un rol esencial paliando las lagunas y, a veces, la ausencia de justicia social. Por consiguiente, es imperativo y urgente reconocer estas iniciativas en su justo valor a fin de darles los medios para ejercer plenamente sus potencialidades. Modificar las relaciones de fuerza y de poder a nivel global y asegurar el respeto de los derechos son evidentemente dos prioridades. Pero, ante la inercia de las normas sociales y la amplitud de las resistencias locales – que a menudo tenemos tendencia a subestimar –, su implementación no podrá ser efectiva más que si son traspasadas y sustentadas por iniciativas ancladas en los territorios vividos. El rol de estas iniciativas consiste en identificar y contextualizar las necesidades para, luego, expresarlas y llevarlas a la escena pública. En primer lugar, en el ámbito local – esta etapa supone ya unos esfuerzos a menudo laboriosos e interminables de concertación, negociación y tratos – y, a veces, en el ámbito nacional e incluso internacional. Asimismo, se observa que muchas de estas iniciativas socializan una parte de las actividades de «reproducción» tradicionalmente desempeñadas por las mujeres. La etapa siguiente consistiría en «desnaturalizar» el carácter sexuado de la oposición producción/reproducción, el cual explica también en gran parte las desigualdades por razón de sexo. Esta desnaturalización permitiría no sólo reconocer en su justo valor la contribución de las mujeres a la producción de riqueza, sino también romper con el paradigma hiperindividualista y materialista con el que vivimos hoy. El desafío merece la pena ser lanzado: lo que está en juego es la capacidad de nuestras sociedades actuales para pensar la lucha contra las desigualdades, cualesquiera que sean, y para idear nuevas formas de solidaridad.

¹ Además de los textos producidos específicamente para el taller y mencionados en la bibliografía, el taller se ha beneficiado de la participación y comentarios de Vincent Comenne, Laurent Fraisse, Xaritou Frosso, Elizabeth Hauschildt, Esther Hinostroza Ricaldi, José Hipolito Santos, Maria Rosa Lotti, Marie-Hélène Mottin-Sylla, Joelle Palmieri, Brigitte Ricci, Pierrette Soumbou, Anastassiou Vassiliki.

UNAS DESIGUALDADES PERSISTENTES: INERCIA DE LAS RELACIONES DE PODER Y DIFICULTADES DE APLICACIÓN DE LOS DERECHOS

Las mujeres, en todas las partes del mundo y sin excepción alguna, siguen padeciendo múltiples discriminaciones. Pese a numerosos avances, desde un punto de vista legislativo pero también en términos de educación y de salud, los resultados en términos de igualdad «real» son, desgraciadamente, mucho más decepcionantes e incluso inquietantes ya que muestran hasta qué punto la marcha hacia la igualdad es compleja y laboriosa.

Desigualdades económicas y materiales²

La situación de las mujeres solas (madres de familia monoparental, viudas y mujeres mayores que viven solas) es extremadamente preocupante. A mediados de los años 1990, más de la mitad de las mujeres de más de 65 años en Asia y en África eran viudas, contra solamente un 10 a un 20% de los hombres de la misma edad. Muchas de estas mujeres acumulan pobreza monetaria y exclusión social, y su vulnerabilidad no dejará de agravarse a causa del envejecimiento de la población. Con iguales responsabilidades, formación y experiencias, las mujeres siguen estando pagadas mucho menos bien que los hombres. Su remuneración representa aproximadamente las $\frac{3}{4}$ partes de la de los hombres, y la diferencia de educación sólo explica una quinta parte de este desfase, siendo por tanto el resto fruto de normas y discriminaciones diversas. Las mujeres siempre están desfavorecidas en materia de acceso a la propiedad. Las desigualdades ante la herencia están aquí en juego, así como diversas normas sociales que prohíben a las mujeres poseer un título de propiedad o controlar su usufructo, aun cuando la propia legislación prevé una igualdad de derechos. Ahora bien, el acceso a la propiedad, hay que señalarlo, sigue siendo la principal fuente de poder económico, social y simbólico.

Las trabajadoras en la sombra

Las mujeres siguen estando concentradas en sectores de actividad menos valorizados y por tanto peor pagados. Este «mercado sexuado del empleo» existe cualesquiera que sean los países: las mujeres están sobrerrepresentadas en los puestos de servicio, los empleos técnicos y profesionales, los empleos de oficina y de venta, mientras que los hombres son mayoritarios en los empleos de producción así como en los puestos de dirección y de administración. En los países que privilegian el empleo asalariado o por cuenta ajena (los países del Norte), las mujeres son mucho más numerosas en los empleos precarios y a tiempo parcial, siendo éstos impuestos con mucha más frecuencia que libremente elegidos. En los países donde el autoempleo o empleo por cuenta propia y el sector informal dominan, las mujeres están casi excluidas de los empleos formales y, por lo tanto, de cualquier protección social. En el medio rural, están acantonadas en los cultivos de plantas comestibles que, ciertamente, garantizan la seguridad alimentaria familiar, pero son mucho menos remuneradores que los cultivos de exportación, reservados para los hombres. En el medio urbano, el pequeño comercio, la restauración (servicio de comidas), y la subcontratación en forma de trabajo a domicilio son a menudo las únicas opciones posibles, por falta de capital y de formación pero también por falta de tiempo. Ahora bien, las mujeres trabajan en general más que los hombres. Unas estadísticas realizadas por el PNUD a lo largo de los años 90 mostraban que en la casi totalidad de los países, el tiempo de trabajo de las mujeres era superior, pero en gran parte invisible ya que no estaba remunerado. Aproximadamente las $\frac{2}{3}$ partes del tiempo de trabajo de los hombres está dedicado a actividades remuneradas y esta proporción es inversa para las mujeres y alcanza las $\frac{3}{4}$ partes de su tiempo de trabajo en los países del Sur (PNUD, 1995). Esta desigualdad llama a otra, vinculada a la gestión del tiempo. Cualesquiera que sean los países, las mujeres asumen la casi totalidad de las tareas familiares y, a veces, comunitarias, al tiempo que cada vez son más numerosas en ejercer una actividad remunerada. Pero elección pero también por obligación, principalmente para las más pobres.

Educación y salud: unos progresos muy lentos pero también ciertos retrocesos

El derecho a una educación de calidad, a pesar de los notorios progresos, está todavía lejos de ser

² Todos los datos de este párrafo están extraídos de un informe del Banco Mundial (Banco Mundial 2003).

adquirido. En el conjunto de los países del Sur, las desigualdades siguen siendo muy marcadas en la enseñanza secundaria, superior y técnica, así como en los cursos considerados como más prestigiosos. Los porcentajes de abandono escolar son también mucho más frecuentes en las niñas, de manera que, al final, los progresos en materia de alfabetización siguen siendo todavía muy lentos. Más del 56% de los 104 millones de niños no escolarizados son niñas y cerca de las dos terceras partes de los más de 860 millones de analfabetos son mujeres (PNUD, 2005). Tras venir disminuyendo con regularidad a lo largo de las últimas décadas, la esperanza de vida en adelante está en retroceso (PNUD, 2005). Aquí, hay dos factores en juego: la prevalencia del SIDA en el continente africano, que afecta más a las mujeres, y la sobremortalidad de las niñas pequeñas en India y en China.

El acceso al poder: un bastión masculino

Ya sea en el ámbito familiar, comunitario o institucional, el derecho de las mujeres a la palabra sigue siendo en muy gran medida sólo formal. En muchos países, éstas no tienen siempre derecho a poseer un terreno, a gestionar una propiedad, a dirigir una empresa o incluso a viajar sin el consentimiento de su marido. En cuanto a la implicación de las mujeres en la escena política, excepto pocas excepciones, apenas acaba de emerger. Si bien las mujeres han obtenido el derecho al voto en la mayoría de los países, éstas siguen estando ampliamente subrepresentadas en las asambleas locales y nacionales, con un promedio de menos de un 10% de los escaños en el Parlamento (excepto en Asia del Este donde ocupan entre el 18 y el 19% de los escaños). En las regiones consideradas como desarrolladas, las mujeres ocupan apenas un 8% de los puestos ministeriales (Banco Mundial, 2003).

¿Por qué unos resultados tan decepcionantes?

La inercia de las normas sociales y culturales – las cuales justifican la inferioridad de las mujeres de manera diversa – y el peso de las resistencias explican en gran parte la lentitud de la marcha hacia la igualdad. Si las políticas de igualdad entre los sexos iniciadas desde hace varias décadas tienen tantas dificultades en producir los efectos esperados, esto se debe también al hecho de que las mismas resultan ser incapaces de tener en cuenta las especificidades de los contextos nacionales y regionales. Ahora bien, las desigualdades por razón de sexo son una construcción social, variable tanto en el tiempo como en el espacio. Mientras sigan con la ceguera ante las particularidades locales así como ante las visiones y las aspiraciones de las mujeres, las políticas universalistas están condenadas a ser un deseo piadoso (Dubois, 2000). Por último, mientras que nuestra concepción de la riqueza y de la eficacia siga estando anclada en el paradigma económico dominante, la espinosa cuestión del acceso al poder también seguirá estando condenada al fracaso: hay que actuar, pero también *pensar* de otro modo (Sabourin, 1999).

EL SEXO DE LA ECONOMÍA

Más allá de las especificidades culturales e históricas – cada sociedad se «fabrica» sus diferencias – ¿existe un denominador común? El rol de reproducción de las mujeres y las diferencias físicas, biológicas y psicológicas resultantes: lo esencial está sin duda alguna aquí. Afirmada de manera abierta y sin rodeos por los Dioses o la Naturaleza en las sociedades llamadas «tradicionales», el pensamiento moderno le da una forma más discreta, pero también más insidiosa y, por consiguiente, igual de peligrosa si no más. En adelante, la biología y la economía política, a través de un discurso sobre «la utilidad colectiva», son las que justifican «científicamente» la asignación de las mujeres a la esfera doméstica y su desaparición – física y simbólica – de los espacios públicos (Perrot, 1995). Hay que ser ingenuo – o realmente tener mala fe – para negar la dimensión fundamentalmente sexuada de una serie de oposiciones que coinciden y se alentan mutuamente: público/privado, comerciante/no comerciante, profesional/familiar, producción/reproducción o también egoísmo/altruismo. Volvamos brevemente a las tres hipótesis que fundamentan la disciplina económica. Se supone que las mismas simplifican la realidad a fin de explicarla mejor, aun cuando su poder normativo es un hecho considerable³.

3 Criticar el sexismo de la disciplina económica no es nuevo, por supuesto. Aquí, hacemos una síntesis muy breve y muy parcial de muchos trabajos. En lengua francesa ver, por ejemplo, Folbre (1997), Sabourin (1999),

Libertad y racionalidad masculinas versus dependencia y altruismo femeninos

La primera de estas hipótesis es la de un individuo racional, libre y soberano en sus elecciones, tanto ante los vínculos personales de subordinación como ante el peso de la religión. Lo que la teoría no dice, es que ese individuo – el famoso *homo oeconomicus* – también es fundamentalmente masculino. Mientras que se están desplegando esfuerzos continuos para liberar a los hombres de los vínculos personales de subordinación, las mujeres, ellas, están viéndose rogar para que se hagan cargo de la armonía del espacio familiar. Mientras que la dependencia es considerada como un serio obstáculo para la dignidad humana, para las mujeres, es precisamente su deber el que las condena a la dependencia.

El mercado autorregulado: la excepción femenina

La segunda hipótesis es la del mercado «autorregulado», del que se supone que optimiza los intercambios de bienes y servicios. Aquí también, las mujeres son una excepción a la regla. En nombre del bienestar familiar y del bienestar de la nación, es conveniente reglamentar el empleo femenino. Afirmado abiertamente durante la revolución industrial, esta «excepción» femenina sigue estando de actualidad: el empleo femenino, ya se sabe, sigue siendo una variable de ajuste del empleo masculino. En cuanto a la cuestión de la lucha contra las desigualdades por razón de sexo, si bien ha recorrido su camino, lo ha hecho sobre todo en nombre de la eficacia colectiva⁴.

Una concepción materialista e hiperindividualista de la riqueza

Desde los orígenes de la contabilidad nacional – y pese a las críticas recurrentes de las que ha sido objeto – la riqueza sigue estando limitada a la producción de bienes y servicios vendidos o susceptibles de ser vendidos. Las actividades llamadas «domésticas» están excluidas de ese concepto. Así que las mujeres son consideradas como «improductivas» y son relegadas a la categoría de las personas «inactivas» y «dependientes». Las implicaciones teóricas y políticas de esta mutación son considerables. Para el estatus de las mujeres, ni que decir tiene que su «invisibilidad» consagra su inferioridad y así se entra entonces en un círculo vicioso difícil de detener, puesto que su dependencia les ha impedido durante mucho tiempo acceder a los derechos civiles y políticos. Las consecuencias son igualmente considerables para la sociedad en su conjunto. Esta clasificación conlleva una representación completamente truncada de la realidad – según diversas estimaciones y en función de los contextos nacionales, la producción «doméstica» representaría entre el 30 y el 70% de la producción total de bienes y servicios. Aún hay más, esta clasificación da inicio a una concepción hiperindividualista y materialista del bienestar que ilustra el famoso Producto interior bruto, del que se supone que refleja los niveles de riqueza nacional. En adelante, cualquier noción de utilidad social, ya sea de orden individual o colectivo, es negada. En adelante, todo lo que «crea un vínculo» – y de lo que las mujeres son en gran parte responsables – es ignorado. Y lo mismo ocurre con los costes y las externalidades negativas resultantes de la producción – en particular la degradación del medio ambiente y el agotamiento de los recursos naturales. Las cuestiones de reparto – y por tanto de desigualdades – son ocultadas. Educación, salud y más en general facilidades y calidad de acceso a los servicios públicos – sin embargo ¡oh cuánto esenciales para el bienestar! – están teniendo el mismo destino y se podrían multiplicar las lagunas del sistema (vitalidad de la democracia, solidaridad, etc.).

Los múltiples trabajos de economistas feministas, en particular el feminismo ecológico, han permitido avances conceptuales considerables en el análisis de la diversidad de las formas de riqueza, de intercambio y de organización, tanto positivos como negativos desde el punto de vista de la igualdad y de la preservación del medio ambiente (Sabourin y *alii*. 2000). La concesión del Premio Nobel en 1998 al economista Amartya Sen ha permitido mediatizar parte de sus reivindicaciones – en particular, la imperiosa necesidad de combatir las desigualdades intrafamiliares. También ha permitido sensibilizar a la comunidad internacional sobre una concepción del desarrollo ya no en términos de crecimiento, sino de derechos reales (y no formales) y de libertades personales, insistiendo en la imprescindible interacción entre derechos económicos y políticos. Hoy, el desafío es doble: continuar este trabajo de concientización, ¡Oh cuán laborioso frente a la inercia de los sistemas de

Verschuur y Reysoo (2000).

4 Los informes del Banco Mundial o del PNUD no dan lugar a ninguna ambigüedad sobre este punto.

representaciones!, así como también articular y confrontar estos diferentes trabajos, todavía muy conceptuales y normativos, con experiencias sobre el terreno. El taller «Mujeres y economía» tenía precisamente esta ambición por objeto.

PRÁCTICAS SOLIDARIAS

En todas las partes del mundo, se observan formas originales de movilizaciones femeninas. A menudo, fuera de los movimientos feministas reconocidos e institucionalizados, estas iniciativas pretenden ser, en primer lugar, respuestas pragmáticas a problemas de la vida cotidiana.. En numerosos países del Sur, en particular en África negra y América del Sur, estas formas de acción colectiva no son nuevas. Para hacer frente a sus múltiples labores domésticas y agrícolas así como a sus obligaciones rituales y religiosas, las mujeres no han tenido más remedio que organizarse. Lo que es nuevo, en cambio, es la aparición de proyectos y la articulación con reivindicaciones societales y medioambientales, así como el apoyo, para lo bueno y para lo malo, de múltiples ONGs y agencias bilaterales o multilaterales de ayuda al desarrollo. En África del Norte y en numerosos países asiáticos, en nombre de la exclusión de las mujeres de todas las formas de espacio público, el concepto de acción colectiva femenina acaba de aparecer y su legitimación, aún incierta, es un gran paso ya. Por último, en la mayoría de los países del Norte, y aunque las resistencias son mucho menos fuertes, estos espacios intermedios también están en su fase de surgimiento.

Múltiples experiencias y muy diversificadas

Intentemos hacer una descripción rápida – y en ningún caso exhaustiva – de las actividades catalogadas, las cuales cubren de hecho el conjunto de los derechos económicos, políticos y sociales de base.

- la alimentación/nutrición: agrupaciones o cooperativas de compras, tiendas de comestibles sociales, restaurantes, restaurantes del corazón, servicios de comidas preparadas, cocinas colectivas, bancos cerealeros, comedores, actividades de autosuficiencia y de resistencia, etc.
- el saneamiento y la salud: gestión de fuentes o pozos comunitarios, clínicas médicas comunitarias o mutuas de salud, farmacias populares, producción y valorización de plantas medicinales, etc.;
- la educación: grupos de alfabetización, centros populares de formación, grupos de intercambio y de transferencias de conocimientos, de saberes, de savoir-faire, actividades de aprendizaje acerca de las relaciones entre sexos, las formas de discriminación y de exclusión, etc.
- las actividades de producción y de comercialización: cooperativas de producción y agrupaciones de productoras, campos comunitarios, comercio justo, etc.
- los servicios financieros: cooperativas de ahorro/crédito, grupos de auto-entrepayuda, círculos de beneficiarias de préstamos, etc.
- la protección del medio ambiente: producción biológica, gestión de recursos naturales (en particular agua, bosque) desde una perspectiva sostenible, reciclaje, ecopueblos o pueblos sostenibles, ecoturismo, , etc.
- la mediación con las autoridades públicas, siendo el objetivo simplemente la aplicación de la legislación y la implementación efectiva de programas públicos
- el cabildeo a nivel local con miras a la obtención o aplicación de determinados derechos, en particular el acceso a la propiedad
- el cuidado de niños y de personas mayores: guarderías ‘parentales’ (con participación activa de asociaciones de padres), jardines de infancia, guarderías populares, centros comunitarios de personas mayores, etc.

- la costura y el mantenimiento de la ropa: lavandería, retoque, tintorería, planchado, tienda de moda, etc.
- la cultura y la comunicación: medios de comunicación, espacios de expresión política y cultural, etc.

Muchas de estas iniciativas no se limitan únicamente a un sector, sino que combinan diversas formas de intervenciones. Si bien algunas experiencias han logrado alcanzar la escena mediática, la grandísima mayoría sigue en la sombra. Ignoradas, despreciadas, so pretexto de que se limitan a la supervivencia diaria, lo cierto es que asumen, según nosotros, un rol esencial. Por consiguiente, urge que se reconozcan estas experiencias en su justo valor. Basadas en experiencias europeas, latino y norteamericanas, africanas e indias, las monografías realizadas en el marco del Taller representan un avance considerable en esta vía. A pesar de sus múltiples diversidades, estas experiencias comparten varias similitudes: luchan por un acceso *real* a los derechos y ponen la economía al servicio de la solidaridad.

Una movilización para un acceso real a los derechos

La primera de estas similitudes consiste en obrar a favor del acceso real – y no teórico y abstracto – a los derechos: el anclaje territorial y colectivo así como la combinación de acciones a la vez militantes y profesionales son determinantes aquí.

Anclaje territorial y relaciones de proximidad: contextualizar las necesidades

Uno de los principales resultados del economista Premio Nobel Amartya Sen ha sido haber mostrado que derechos y recursos no se traducían necesariamente en capacidades reales de ser y de hacer. Cada territorio, cada espacio vivido modela las normas sociales como las relaciones de poder. Únicamente la proximidad espacial, social y cultural puede permitir identificar las carencias y los factores de bloqueo e inventar con pragmatismo respuestas y formas de gobernanza adaptadas y realistas. Sin idealizar el localismo ni ponerle romanticismo al «small is beautiful», hay que reconocer el fracaso de las medidas universalistas y estandarizadas, incapaces de adaptarse a las particularidades locales. La fuerza de las iniciativas descritas aquí, está precisamente en su capacidad para identificar las dificultades con las que se encuentran las personas a fin de transformar sus derechos y recursos en potencialidades reales. Las responsabilidades asumidas por las mujeres en el seno de la familia, de las redes de parentela y, a veces, de vecindad les proporcionan una situación privilegiada de escucha de las necesidades y carencias vividas por las poblaciones.

El rol de anclaje del colectivo: mutualizar los medios, iniciar el cambio social

El colectivo desempeña un rol decisivo, pero se manifiesta más como punto de apoyo, como soporte de la acción y como método (planificación, reflexión, mutualización de medios) que en las acciones propiamente dichas. Muchas de estas experiencias son primero individuales, estando inscritas a la vez dentro de un proceso de desarrollo local, comunitario o territorial. Sin acción colectiva, el cambio de las mentalidades tiene igualmente pocas posibilidades de llegar a su fin: determinados comportamientos, considerados «desviados», no son aceptados si no están integrados dentro de una dinámica colectiva, cuyo peso acaba venciendo las rigideces y resistencias locales. El liderato es determinante por igual, tanto en la gestión del colectivo como en la tejedura de vínculos con el mundo circundante. Si bien es cierto que los límites entre liderato y autoritarismo, incluso jerarquía, son a menudo tenues, en particular en ciertos países del Sur, y si bien es cierto que la frontera entre interés personal e interés de grupo es a veces borrosa, no es menos cierto que esas mujeres líderes tienen un valor de ejemplaridad. A través de ellas es como se difunden progresivamente nuevos modos de actuar y de pensar. Y si bien el compromiso y el militantismo femenino son evidentemente esenciales, sin el sostén, el apoyo y a veces la protección de ciertos hombres – miembros de la familia y líderes locales – muchas de esas iniciativas no hubieran podido perdurar (Semblat, 2001).

Aliar compromiso y profesionalismo

Si bien el compromiso y la voluntad son imprescindibles, diversas competencias de orden técnico,

empresarial y estratégico también lo son por igual. A menudo, se trata de servicios nuevos, destinado a una clientela poco solvente y cuya producción ha de realizarse con recursos limitados: conocimiento preciso de los contextos locales y análisis de mercado, marketing y rigor en la gestión son por lo tanto ineludibles. El trabajo no remunerado es la regla con más frecuencia que la excepción, por lo que hay que hallar medios para valorizarlo y para distribuir los recursos con equidad, lo que supone innovar en materia de reglas de gestión. Ante la inestabilidad permanente, ante las necesidades permanentes de adaptación y de pragmatismo, hay que ser capaz de reaccionar rápidamente con cierta polivalencia, aun cuando a menudo sea más tentador consolidar o reforzar unos acervos a veces anticuados. La toma de iniciativa condiciona el arranque de esas acciones. Ahora bien, dentro de unos contextos que privilegian la dependencia y el mimetismo, emprender supone innovar sin dejar de actuar de manera «aceptable» respecto de las normas y de las relaciones de poder en el ámbito local, ya que en general se prefiere el compromiso a la confrontación. Hay que ser capaz de conciliar simultáneamente la acción colectiva, el trabajo remunerado y las obligaciones familiares. Este tipo de compromiso supone por tanto un control y una gestión del tiempo muy específicos. El colectivo es un punto central, también los hemos dicho ya, pero la gestión de un grupo no se improvisa, ¡ni mucho menos!. Convencer a los miembros del interés del grupo, articular aspiraciones personales y colectivas, gestionar tensiones y conflictos: he aquí otras tantas habilidades que no son ni innatas ni espontáneas. La «participación» es primordial en estas iniciativas. Aquí también, la buena voluntad no podría ser suficiente. El 'iletrismo' o analfabetismo funcional, la falta de disponibilidad, la existencia ineluctable de relaciones de fuerzas y de desigualdades de acceso a la información y a la toma de la palabra, inclusive dentro de colectivos de mujeres que se suponen «homogéneos», son otros tantos frenos para una participación digna de ese nombre. Sin hablar de los condicionamientos mentales y sociales, los cuales requieren auténticas competencias de animación para ser vencidos. Ante la diversidad y la amplitud de las necesidades, funcionar en red es la única salida. Aquí, una vez más, compromiso y buena voluntad no bastan, hay que estar tratando de hallar sin parar la buena avenencia entre acciones locales y acciones de red. Por último, en este tipo de iniciativa, nunca se da nada por adquirido y todo se negocia, lo que supone auténticas competencias de «negociación social» con múltiples actores (funcionarios, autoridades políticas, líderes locales, organización de categorías profesionales, etc.) y ello tanto a nivel horizontal (socios locales) como vertical (instituciones). Saber anudar alianzas con relevos mediáticos es asimismo una manera de asentar su credibilidad y de tener un peso en el debate público. Ya se trate de identificar las necesidades, de analizar los savoir-faire o habilidades y las eventuales debilidades o también de evaluar la plusvalía social de estas iniciativas para demostrar su legitimidad, la investigación-acción desempeña un rol determinante. A condición, claro, que sea adecuada, participativa e innovadora.

Recuadro 1. ¿Cómo hacer efectivo el derecho de acceso y de explotación de la tierra? Un ejemplo indio

En India como en numerosos países del Sur, muy pocas mujeres poseen y explotan una tierra, mientras que la agricultura sigue siendo la principal fuente de ingresos para el 70% de la población. La legislación no es la que realmente está en juego. La igualdad formal existe, pero sigue sin ser aplicable por dos razones: la presencia de prohibiciones sociales – movilidad reducida que impide cualquier forma de explotación, o simplemente el hecho de que una mujer sea propietaria y se dedique personalmente a la explotación de su tierra es un tabú social; la ausencia de acceso a los recursos necesarios para la explotación (crédito, insumos, irrigación, etc.). Describimos aquí el ejemplo de un proyecto indio llevado a cabo en el ámbito de un pueblo (Pastapur, en Andhra Pradesh), emprendido por mujeres con el apoyo y el acompañamiento de la *DECCAN Development Society*. *La iniciativa de partida apuntaba al acceso de las mujeres de baja casta a la tierra, actualmente se trata de un auténtico proyecto de desarrollo agrícola que se puede calificar de socialmente sostenible. Hoy, numerosas mujeres se dedican a la explotación de una parcela de tierra. La explotación es individual, pero esto ha podido ocurrir únicamente gracias al apoyo de diversas formas de acción colectiva y al apoyo de una organización exterior que, ante todo, dio pruebas de pragmatismo y de flexibilidad: movilización colectiva para recuperar tierras en barbecho y obtener la autorización para utilizarlas; mutualización de medios para los insumos, la transformación y la valorización de determinados recursos locales, el acceso al crédito, la creación de diversas infraestructuras (molino de aceite, banco de cereales que garantizan la seguridad alimentaria) y, por último, la creación de un mercado local. Todas estas acciones económicas van acompañadas de medidas – formales e informales – de orden social y cultural: una escuela alternativa que apuesta por el aprendizaje técnico y la valorización de la autonomía; un centro de formación y de investigación-acción sobre la agricultura biológica y sostenible; una casa de alojamiento para las mujeres y chicas jóvenes aisladas, viudas, abandonadas o víctimas de violencias domésticas; cuidados médicos dispensados localmente a través del uso de medicinas tradicionales o en conexión con centros de cuidados debidamente equipados; y, por último, un centro comunitario de mediatización que cuenta, principalmente, con el apoyo de una radio local. Los resultados positivos son evidentes. Se miden en términos de autosuficiencia alimentaria, de dinamización de los mercados locales, de independencia de las familias respecto de los grandes terratenientes y, por último, de emancipación de las mujeres. Pero al proyecto todavía le cuesta ser reconocido y se habrán necesitado veinte años de obstinación y de lucha permanente para convencer a las autoridades públicas de la necesidad de apoyar financieramente una parte de las actividades, pero también para alentar cambios progresivos en las mentalidades locales, en particular las de los hombres, de las castas superiores y probablemente también de ciertas mujeres.*

Fuente: Sabourin, 2004

La economía al servicio de la solidaridad: ¿el inicio de un nuevo paradigma?

La socialización de los saberes «domésticos» hasta entonces invisibles y asumidos de manera individual dentro de la esfera privada, la creación de pasarelas y de esferas intermedias entre universos habitualmente estancos y compartimentados y, por último, diversas innovaciones de orden organizacional prefiguran formas nuevas de producir, consumir y vivir juntos.

Socializar y valorizar saberes «domésticos»

Esta socialización de saberes «domésticos» tiene considerables implicaciones políticas y teóricas. Por una parte, mutualizar los recursos y el tiempo es un medio para aliviar el peso de las responsabilidades asumidas hasta aquí individualmente, o por lo menos únicamente dentro de la esfera familiar – ahora bien, es precisamente esta división de las tareas lo que constituye el epicentro, el punto focal de las desigualdades por razón de sexo. Por otra parte, aunque aquí el camino todavía es largo, esta socialización de las tareas domésticas brinda la oportunidad inédita de revalorizar, en el imaginario colectivo, el estatus de esas actividades de proximidad y de «desnaturalizar» la oposición entre producción y reproducción (Nobre, 2005).

Tirar tabiques y crear pasarelas

Todas estas iniciativas crean, directa o indirectamente, unas pasarelas entre unas esferas que habitualmente están tabicadas. Pasarelas, en primer lugar, entre lo público y lo privado: el estallido de esta oposición es casi sistemático puesto que muchas de estas experiencias están basadas en la socialización de problemas familiares (custodia de hijos, pero también alimentación, gestión de presupuesto, violencia conyugal). Pasarelas igualmente entre lo rural y lo urbano o entre «zonas de las afueras» y centro de la ciudad: la creación de circuitos de comercialización y de distribución, la movilización para la creación o la mejora de servicios públicos como los transportes valorizan territorios enclavados o formados por guetos y que están desatendidos tanto por parte de las empresas privadas como por parte de los poderes públicos. Para las iniciativas de mujeres migrantes, la valorización del patrimonio cultural de los países de origen (por ejemplo, la alimentación, a través de restaurantes de barrio) forma esas pasarelas entre lugares de acogida y lugares de origen. Son igualmente unas pasarelas entre las esferas llamadas «tradicionales» y «modernas». Si rara vez existe una ruptura total con las normas sociales locales, en cambio la adaptación y readecuación de determinadas normas son casi sistemáticas, prefigurándose así un principio de cambio; citemos, en particular, el acceso a un empleo remunerado, al espacio público o también la movilidad espacial. Todas estas experiencias están enraizadas en el espacio local – su pertinencia se basa precisamente en la proximidad y en el conocimiento preciso de las necesidades locales – a la vez que tienen, al menos en cuanto a algunas de ellas, una voluntad de impulsar cambios sociales e institucionales a nivel global: por lo que también representan pasarelas entre lo «local» y lo «global».

Innovaciones organizacionales

La perennidad de estas experiencias, tanto a nivel personal como colectivo, supone unos modos específicos de organización. Mientras que el modelo organizacional dominante está basado en un división de las tareas, aquí la polivalencia de las funciones y de las responsabilidades es a menudo una necesidad. A menudo, prevalecen enfoques globales e integrados de la persona, en los que intervienen la psicología, la economía, lo social o también lo cultural. Por otra parte, las limitaciones personales – y especialmente la necesidad de conciliar esta vida de proyecto con la vida familiar – suponen a menudo una rotación permanente de las tareas y las responsabilidades.

Recuadro 2. Iniciativas locales de mujeres inmigrantes en las zonas urbanas sensibles en Francia, una utilidad social encubierta y frenada por múltiples obstáculos

Desde hace cerca de tres décadas, se viene observando en las «zonas de las afueras» urbanas de Francia una multitud de actividades económicas iniciadas por grupos de mujeres inmigrantes en diversos ámbitos de la vida cotidiana: alimentación, vivienda, alfabetización, educación, necesidades relacionales, expresión pública, etc. Un trabajo permanente de investigación-acción llevado a cabo por la ADEL ha puesto de manifiesto las múltiples repercusiones ventajosas de estas iniciativas. Estas actividades no sólo posibilitan la emancipación a la vez social y profesional de las mujeres que participan en ellas, sino que dinamizan unos territorios en crisis, desde un punto de vista tanto económico (creación de empleo), como social (esas iniciativas son a menudo lugares de intercambio y de diálogo interculturales e intergeneracionales, y así contribuyen fuertemente a la cohesión social de los barrios) y simbólico (en particular, con la revalorización de la imagen de los barrios *a través de* una clientela que traspasa el nivel del barrio y *a través de* la mediatización de estas experiencias innovadoras y su puesta en red). Para ello, las mujeres inventan formas muy singulares de organización, de producción y de gestión: lo intercultural y la mutualización de los recursos y de los savoir-faire permiten hacer frente al peso de las culturas tradicionales; la autogestión, la polivalencia de las tareas, la asunción colectiva de determinadas tareas privadas les permiten conciliar de manera original la vida familiar, profesional y militante. Por último, la economía no es más que un medio al servicio de la integración y del desarrollo personal y colectivo. Estas iniciativas son a la vez lugares de producción y de consumo, de palabra y de escucha, así como de solidaridades diversas, tanto con las poblaciones locales como con las poblaciones alejadas con, por ejemplo, la implementación de acciones para el desarrollo en sus países de origen. A pesar de una plusvalía social evidente, estas iniciativas tropiezan con múltiples obstáculos y están condenadas por ahora a una precariedad permanente. Varios factores están en juego: diversas resistencias debidas a la triple discriminación

que padecen estas mujeres (la pobreza, el origen inmigrado pero también el dinamismo y el hecho de haber realizado estudios superiores son a veces muy «molestos»); inadaptación de las políticas públicas basadas en lógicas de procedimiento y no de procesos, creando tabiques económicos y sociales y favoreciendo «la inserción» en detrimento de las dinámicas territoriales; inadaptación e insuficiencia de los medios (subvaluación de los recursos humanos necesarios, inadaptación de los estatus, dificultad para encontrar un local, inadaptación de las financiaciones, en particular para los recursos humanos).

Fuente: Hersent, 2001, 2002a, 2002b

Debilidades y límites: una labor de resistencia diaria

Un entorno hostil

Las desigualdades en materias de derechos y de recursos son un primer obstáculo: muchas de estas experiencias quedan abortadas por falta de recursos, de capital o simplemente a raíz de resistencias locales demasiado fuertes. La inadecuación de las legislaciones y de las modalidades de intervención pública – de las que estas experiencias requieren para sobrevivir y desarrollarse, es un problema recurrente: autorizaciones legales y estatus jurídicos, regímenes fiscales, procedimientos de contractualización, sistemas y programas de subvenciones, etc. La inadecuación entre los proyectos y los procedimientos establecidos por las organizaciones públicas, parapúblicas y también por las organizaciones no gubernamentales de apoyo es casi sistemática. Las exigencias de resultado a corto plazo, a veces incluso de rentabilidad e inclusive en los proyectos llamados de desarrollo, son evidentemente poco compatibles con las necesidades de aprendizaje y el ritmo de maduración que son propios de cada una de las iniciativas. El carácter rígido, estándar y formal de los procedimientos deja poco lugar para la innovación, la creación y el pragmatismo – aun cuando son estas especificidades las que precisamente hacen la fuerza de dichas iniciativas. Por último, los enfoques tabicados y sectoriales, característicos de las modalidades de intervención, tienen dificultades para acomodarse a la transversalidad propia de estas experiencias. A veces, y hay que reconocerlo, las mujeres mismas son sus propias adversarias: miedo del riesgo, desconocimiento de su propio potencial, falta de concertación y conflictos son otros tantos factores que limitan el alcance de sus acciones. El acompañamiento, tanto en calidad como en intensidad, está muy ampliamente ausente. Compromiso y militancia, nunca se dirá demasiado, no pueden paliar ciertas lagunas técnicas y estratégicas. Luego los socios capitalista, cualesquiera que sean, se niegan a invertir en este tipo de capital humano, tanto individual como colectivo.

Múltiples desafíos

La mayoría de estas iniciativas se asemejan a auténticas acciones de resistencia cuya renovación y perennidad son un desafío cotidiano. Desafío a nivel personal y familiar – muchas de estas mujeres emprendedoras acaban desistiendo cuando ya no consiguen conciliar esa actividad con su vida familiar, conciliación que supone hacer malabarismos con los horarios pero también replantearse sus propios sistemas de valores y de representaciones. Este desafío cotidiano es igualmente de orden económico y financiero. Todas estas experiencias combinan recursos de orígenes diversos e inciertos, aquí también se trata de un equilibrio ¡oh cuán frágil! y la precariedad es constante. En esta búsqueda por sobrevivir, algunos proyectos desaparecen mientras que otros se desvían progresivamente de su misión original. A falta de reconocimiento legal específico, las exigencias de rentabilidad acaban venciendo los objetivos de solidaridad.

Un riesgo de fortalecimiento de las desigualdades

La ambivalencia del colectivo merece igualmente ser subrayada. Ya es hora de acabar con la imagen romántica, ingenua y sobre todo peligrosa de las famosas «solidaridades comunitarias» que siguen estando en el imaginario colectivo. Las gentes del Sur, sobre todo los pobres y todavía más las mujeres, «quisieran» funcionar en grupo: este cliché es el testimonio de que existe una notable resistencia, y los discursos actuales sobre la «buena gobernanza» le dan incluso una nueva juventud. Cierto es que el dinamismo y la diversidad de la acción colectiva de muchos países del Sur y

comunidades inmigradas en el Norte seducen, incluso fascinan, por lo mucho que contrastan con el hiperindividualismo de las sociedades del Norte. Pero, la acción colectiva no se decreta, ésta está basada en una hábil avenencia entre intereses individuales y colectivos – el altruismo y la compasión, cuando existen, están sutilmente articulados con la satisfacción de intereses personales bien entendidos. Por último, en determinados países, la jerarquía y el liderazgo son la regla con más frecuencia que la excepción. Condenarlos, no se puede – la jerarquía como institución social no podría borrarse de un simple plumazo so pretexto de que no fuera acorde con el ideal democrático occidental - mientras que el liderazgo es inherente a cualquier forma de acción colectiva. En cambio, es conveniente estar atento a los riesgos de fortalecimiento de las desigualdades. El liderazgo puede transformarse fácilmente en un instrumento de opresión, y algunas de las iniciativas descritas aquí, hay que decirlo, benefician sobre todo y ante todo a una minoría de mujeres.

Los riesgos de instrumentalización y de pérdida de autonomía

La articulación con otras iniciativas y el funcionamiento en red condiciona su eficacia. Por supuesto, siempre y cuando las mujeres así lo deseen. Las dificultades encontradas en el ámbito local a veces no incentivan en absoluto la acción a mayor escala. Por supuesto, siempre y cuando, una vez más, ellas vean su utilidad. Las preocupaciones por la supervivencia diaria limitan necesariamente la atención prestada a cuestiones de interés general. Y cuando surge la voluntad de actuar a mayor escala, su materialización resulta laboriosa y a veces en vano, como podemos suponer. Las iniciativas cuyo peso político está hoy reconocido tardan diez años, veinte años y a veces más para ser escuchadas en el ámbito nacional e internacional. La instrumentalización de estas iniciativas opera como una auténtica gangrena, una enfermedad que las corroe en el interior sin que siempre se den cuenta. En nombre del según dicen «dinamismo» colectivo femenino, los grupos de mujeres ven como se les van delegando múltiples responsabilidades.

Recuadro 3. La instrumentalización de la acción colectiva femenina: el ejemplo de la microfinanza

Bajo capa de objetivos de «empowerment» (o empoderamiento) – entendido aquí en una versión muy reductora puesto que fundamentalmente individualista, y no como un auténtico cambio político – muchos grupos de ahorro/crédito se han transformado, aquí en instancias de gestión de infraestructuras locales o de bienes comunes locales y, en otras partes, en herramientas de desarrollo económico local, etc. Sin embargo, la insuficiencia de medios – las mujeres a menudo están conminadas a entregar toda su dedicación casi gratuitamente, el precio que han de pagar por su «emancipación» - y la hipocresía de esas asociaciones – la delegación de responsabilidades rara vez va acompañada de una delegación efectiva de poder – hacen que su legitimidad sea verdaderamente problemática. De manera más general, las relaciones con las autoridades públicas son a menudo de naturaleza conflictiva y desequilibrada. Muchas de estas relaciones se reducen a instancias técnicas de subcontratación de determinados servicios públicos que los Estados no pueden asumir por no tener o faltarles medios, sin que por ello se pongan a disposición de esas mujeres unos medios financieros y humanos adecuados. En cambio, la dimensión política – en el sentido de capacidad para influir en las políticas públicas y, de forma más general, en las instituciones – está negada, incluso explícitamente reprimida. El simple hecho de que se trate de iniciativas femeninas se ve como una impugnación del orden establecido y, a partir de ahí, son consideradas como “peligrosas” e “incontrolables». Ser reconocidas en su justo valor sin caer en la pérdida de autonomía y la instrumentalización es, por lo tanto, una búsqueda incesante.

Fuente: Hofmann & Marius-Gnanou, 2005 ; Guérin & Palier, 2005

¿Cuáles son los impactos? Entre valorización de sí mismo y justicia social

Las debilidades señaladas no impiden que existan múltiples repercusiones ventajosas, tanto de orden personal y familiar como de interés colectivo e incluso general. A nivel personal, una de las primeras repercusiones ventajosas es probablemente la de la propia estima y confianza: sentirse capaz de tomar iniciativas y tener derecho a la palabra y a la expresión. Por difícil que sea evaluarla y aún más cuantificarla, esta dimensión no es menos decisiva: en muchos ámbitos, es realmente la

incapacidad de las mujeres para tomar conciencia de ellas mismas y de sus derechos lo que bloquea la evolución hacia más igualdad. El acceso a una actividad remunerada (directo o facilitado por otros servicios: servicios financieros, cuidados de niños, etc.) así como simplemente pertenecer a un colectivo reconocido contribuyen a la mejora de su estatus en el seno de la familia. La mayoría de los servicios responden a necesidades concretas y relacionadas con el bienestar cotidiano, si bien éste es a menudo de orden familiar más que personal. El impacto territorial es a menudo inherente al propio contenido de las iniciativas, ya lo hemos visto anteriormente. En cuanto al impacto en materia de interés general, a veces es explícito – así ocurre con los proyectos que apuntan a la preservación del medio ambiente – pero con más frecuencia indirecto y se mide en términos de justicia social, y es por esto que estas iniciativas merecen toda nuestra atención. A fin de cuentas, muchas de estas iniciativas no hacen ni más ni menos que paliar la insuficiencia, incluso la ausencia, de derechos económicos, sociales y políticos básicos: desempeñan, pues, un verdadero rol en materia de justicia social y contribuyen en este aspecto al interés general. A veces, este rol parece imperceptible por lo grandes que son las necesidades, pero habría que imaginarse lo que sería la vida local sin estas formas de movilización. Muy a menudo, se trata de un trabajo subterráneo de movilización permanente, a veces de hostigamiento, ante las autoridades públicas, por una parte, para garantizar un mínimo de bienes colectivos o rechazar unas desigualdades que les parecen demasiado abyectas y, por otra parte, también ante las poblaciones locales – ante los hombres pero también ante numerosas mujeres – para impulsar hacia el cambio la evolución de los sistemas de representaciones refractarios.

Recuadro 4. El derecho a la seguridad alimentaria. Comedores populares autogestionados en Perú.

Iniciados a finales de los años 70 por grupos de mujeres militantes, los comedores populares autogestionados peruanos desempeñan hoy un rol decisivo en materia de seguridad alimentaria y de cuidados sanitarios para los más desprotegidos. Reconocidos oficialmente y amparados dentro del marco del programa «Vaso de leche» desde 1984, estos comedores reúnen hoy en Lima a cerca de un millón de mujeres para la ciudad de Lima, y alcanza a aproximadamente 4 millones de personas. Los fondos públicos representan oficialmente un 65% de los costes de producción de dichos servicios, pero la contribución de las mujeres está muy ampliamente subestimada. Luchar contra esa «explotación» de la solidaridad femenina y valorizar el rol de las animadoras son los principales retos actuales de los comedores populares peruanos. Mucho más allá de la ciudad y del país, la experiencia de las cocinas colectivas dio origen a un importante movimiento de mujeres en el medio popular, probablemente uno de los más avanzados de América latina. Estos grupos de mujeres están por completo asociados al sistema de comunidad urbana autogestionada de Villa El Salvador, en las afueras de Lima, donde desde hace dos décadas diversos movimientos comunitarios han logrado ser socios de pleno derecho de la gestión de la ciudad, apoyados por muchas ONGs, en particular militantes cristianos inspirados en la teología de la liberación.

Fuentes: Angulo, 2003 ; Favreau y Fréchette, 1999

ESTRATEGIAS, ALIANZAS Y PROPUESTAS PARA EL FUTURO

Expresar necesidades desconocidas o desatendidas tanto por el mercado como por las autoridades públicas, proponer modos de acción realistas y ajustados a las realidades locales y, por último, repensar la articulación entre familia, «mercado», autoridades públicas y sociedad civil: aquí es donde estas iniciativas brindan unas oportunidades inéditas de justicia social y de acceso real a los derechos, sin dejar de ser de gran fragilidad. Muchas de estas iniciativas posibilitan la supervivencia y, a veces, la emancipación de muchas mujeres. Algunas ya han demostrado su capacidad para impulsar auténticas transformaciones societales, mientras que otras se dejan instrumentalizar y pierden su misión inicial. Condenarlas o menospreciarlas es, al final, lo mismo que privilegiar el statu quo. Más bien, lo que hay que hacer es interrogarse acerca de las condiciones necesarias para que su potencial de transformación se exprese.

En muchos países, la evolución de la legislación es por supuesto una prioridad. Esta condición es necesaria, pero no suficiente. En todas las partes del mundo – ningún país escapa a esta regla – los

esfuerzos en materia de legislación y de reglamentación han de ir acompañados de medidas que apunten hacia la puesta en práctica efectiva de esos derechos. En todas las partes del mundo, igualmente, se constata que el poder político sigue siendo la exclusividad de los hombres, y los progresos económicos y sociales, cualquiera que sea su amplitud, no modifican para nada ese monopolio. ¿Cómo pasar de derechos teóricos, abstractos y formales a unos derechos reales? Lo esencial de los trabajos de Amartya Sen trata de esta cuestión y su respuesta es clara: articular acciones económicas y políticas es la única salida posible, por dos razones al menos. La acción política *a través de* la discusión y el diálogo es el único medio para identificar las necesidades ignoradas por el mercado y por el Estado, y también es el único medio para hacer evolucionar las normas sociales cuya inercia, ya lo hemos subrayado muchas veces, explica la ineffectividad de numerosas medidas legislativas. Estos son unos avances normativos considerables, hoy aceptados y legitimados, al menos oficialmente, por las instituciones internacionales. Sin embargo, obligado es constatar su total ausencia de aplicación y de materialización. La «participación», en adelante palabra maestra de todas las políticas de ayuda al desarrollo, sigue siendo un proceso ampliamente «descendiente», impulsado desde arriba y hermético ante cualquier forma de espontaneidad. Por consiguiente, es un imperativo para los decididores, cualesquiera que sean los niveles de intervención, comprender que la creatividad y la innovación condicionan el ejercicio de una justicia social digna de ese nombre y, en consecuencia, aceptar respaldarlas así como también estimularlas e incentivarlas. Reconocer plenamente un derecho a la iniciativa individual y colectiva, esto supone en concreto:

- procedimientos de apoyo flexibles, abiertos a la creatividad y la innovación y realmente capaces de suscitar una participación activa
- desarrollar las competencias técnicas de las mujeres, principalmente en los campos del análisis, de la construcción de problemáticas, del alegato y del cabildo
- desarrollar modos de acompañamientos apropiados
- reconocer la utilidad social de estas iniciativas y concederles apoyos financieros que tengan en cuenta esta utilidad social
- invertir en la democratización del acceso a la información y de la formación
- invertir en la valorización y la mediatización de estas iniciativas
- y, de manera más general, ayudar a las mujeres a apropiarse de los modos de comunicación y de difusión de la información.

Continuar con las reflexiones en materia de indicadores de riqueza

Existen ya análisis alternativos e innovadores de la riqueza y de la productividad, iniciados en particular por el feminismo ecológico (Sabourin y *alii.* 2000). Éstos hacen una reflexión acerca de otros patrones de medida monetaria y proponen que se tenga en cuenta el conjunto de los «costes ocultos», tanto positivos (actividades de socialización, de cuidados a terceros, de construcción y mantenimiento de redes sociales, de reparto de la información, etc.) como negativos (estrés, violencia, contaminación y perjuicios diversos, ineficiencias comerciales resultantes de situaciones de monopolios, de alianzas políticas, etc.). No podemos sino abogar en favor de una mediatización y una difusión más amplia de estos modos de análisis, de la sistematización de su aplicación empírica y, por último, de su adaptación a una diversidad de entornos socioculturales y políticos. Es la única vía para valorizar la multifuncionalidad de las actividades humanas, en particular femeninas, y por lo tanto para luchar contra su supuesta inferioridad demostrando su productividad social. Asimismo, es la única vía para rendir cuenta de la utilidad social de las iniciativas aquí descritas, lo que supone también disponer de indicadores contextualizados, capaces de rendir cuenta del peso de las discriminaciones y con vigencia dentro de los contextos estudiados – favorecer la movilidad espacial femenina no tiene la misma «utilidad social» en una capital europea o norteamericana que en determinados países del Maghreb. Es, por último, la única vía para sensibilizar progresivamente a los decididores y a la opinión pública – hombres y mujeres – acerca de los callejones sin salida a los que conduce una concepción materialista e individualista de la riqueza y acerca de la imperiosa necesidad de centrarse en objetivos de bienestar y de desarrollo personal.

Continuar con las alianzas

Es una necesidad imperiosa alentar las coaliciones entre los movimientos de mujeres, los movimientos alter-mundialistas y los movimientos de economía social y solidaria. Los diferentes foros (foros sociales locales, foros sociales continentales, encuentros «Globalizar la solidaridad», Marcha mundial de las mujeres) brindan oportunidades en este sentido. Ya se han producido varias aproximaciones y son el fruto directo de las actividades del Taller «Mujeres y economía». En Porto Alegre en enero de 2005, se celebró un seminario sobre las nociones de riqueza y equidad económica entre los sexos, organizado por varias organizaciones: el Polo de socioeconomía solidaria (PSES), la Red intercontinental de promoción de la economía social y solidaria (RIPESS) y la Marcha mundial de las mujeres (MMF). El encuentro «Globalizar la solidaridad» de Dakar en noviembre de 2005 prevé igualmente diversos talleres sobre estas mismas cuestiones. Hay que evitar a cualquier precio los errores del pasado. Hasta ahora, ni los movimientos mutualista y cooperativo, ni el movimiento asociativo han hecho suya esta cuestión de las desigualdades por razón de sexo. Urge, por tanto, que los movimientos sociales actuales que se reclaman de un mundo más justo la integren verdaderamente, no como una categoría suplementaria, sino como un dato transversal.

BIBLIOGRAFÍA

Textos producidos en el marco del Taller «Mujeres y economía»

Battaglino Maria-Teresa 'L'économie sous l'angle des initiatives économiques de femmes', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 4 p.

Charitou Frosso (2003) 'La Coopérative des femmes d'Arachova (Grèce)' *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 2 p.

Cumba (2003) 'Les banques villageoises', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 3 p.

Hersent Madeleine (2005a) 'Les enjeux de Porto Allegre' *Ronéo*, 6 p.

Hersent Madeleine (2005b) 'L'entrepreneuriat collectif au féminin', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 5 p.

Hersent Madeleine (2001) 'Créer une activité solidaire en zone sensible', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 4 p.

Hersent Madeleine (2000) 'Femmes et économie solidaire', *Contribution au Chantier Femmes et économie*,

Marius-Gnanou Kamala (2003) 'Pratiques économiques solidaires en Inde rurale : l'exemple des Self Help Groups (groupes solidaires féminins de microfinance) et impacts en termes d'empowerment', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 11 p.

Nobre Miriam (2003) 'Dialogos entre economia solidaria e economia feminista', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 6 p.

Quien Alexandra (2003) 'Le cas de trois entreprises de restauration collective à Mumbai', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 10 p.

Sabourin Cécile (2004) 'Au village Pastapur, des femmes s'organisent' *Rapport pour le Chantier Femmes et économie*, 8 p.

Sabourin Cécile (2003) 'Femmes et économie solidaire : les compétences et connaissances mises en œuvre et développées par les femmes dans leurs pratiques d'économie solidaire et les retombées de ces pratiques dans l'environnement local', Rapport synthèse d'un atelier tenu à Paris les 10 et 11 novembre 2003, *Contribution au Chantier Femmes et économie* du Pôle socio-économie solidaire, Alliance pour un monde responsable et solidaire.

Sabourin Cécile (2001) 'Rapport synthèse du Séminaire de Paris' *Contribution au Chantier*

Femmes et économie du Pôle socio-économie solidaire, Alliance pour un monde responsable et solidaire, 19 p.

Sabourin Cécile (2000). 'Chantier femmes et économie, Document de lancement', présenté dans le cadre du Congrès mondial sur la coexistence humaine dans un monde responsable et solidaire à l'aube du III^e millénaire, Pôle socio-économie de l'Alliance pour un monde responsable et solidaire.

Sabourin Cécile et Belleau Josée (2001) 'Femmes et économie. Cahier de propositions pour le XXI^e siècle', Pôle Socio-économie de la Solidarité, Alliance pour un monde responsable, pluriel et solidaire, Fondation Charles Léopold Mayer pour le Progrès de l'Homme, 5 p.

Semblat Marie-Lise (2000) '**Les femmes actrices de développement en milieu rural**', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 5 p.

Sow Mariam 'Quelques ébauches de réflexion sur le thème de l'atelier d'échanges en vue de la préparation du Forum Social Européen' *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 2 p.

Vasso Anastassiou (2003) 'La Fédération des Associations de Femmes en Béotie (Grèce)', *Contribution au Chantier Femmes et économie*, 2 p.

Otras referencias

Angulo Nedda (2003) 'Les pratiques innovantes des Péruviennes', http://www.penelopes.org/xarticle.php3?id_article=3378

Banque Mondiale (2003) *Genre et développement économique. Rapport de la banque mondiale sur les politiques de développement. Vers l'égalité des sexes dans les droits, les ressources, la participation*, Paris : Editions Saint Martin.

Bisilliat Jeanne, Verschuur Christine (2000) 'Le genre : un outil nécessaire. Introduction à une problématique', *Cahiers Genre et Développement*, n°1, Genève : IUED/EFI/L'Harmattan.

Carr Marilyn, Chen Alter Martha (2002) 'Globalization and the Informal Economy: How Global Trade and Investment Impact on the Working Poor', *Working Paper on the Informal Economy*. International Labour Organisation (Employment Sector): Geneva.

Favreau L., FréchetteL., (1999) « Développement communautaire et économie sociale : l'expérience péruvienne de Villa el Salvador », *Cahiers du CRISES*, n°9908.

Folbre N., 1997, *De la différence des sexes en économie politique*, trad. E. Ochs (recueil de textes). Paris : Éditions Des femmes.

Guérin Isabelle (2003) *Femmes et économie solidaire*, Paris : La Découverte.

Guérin I., (2005), « Femmes et économie solidaire » in J.-L. Laville et A.-D. Cattani (eds), *Dictionnaire de l'Autre économie*, Paris : Desclée de Brouwer, pp. 343-351.

Guérin I. Palier J., (2005), 'Empowerment, self-help groups et solidarité démocratique en Inde' in Guérin et alii, *Microfinance en Asie : entre traditions et innovations*, Paris/Pondichéry : Karthala/IRD/IFP, à paraître.

Hersent Madeleine (2002a) 'Initiatives locales de femmes immigrées dans les zones sensibles urbaines. L'exemple de la création d'activité de proximité. Analyse des potentialités et des obstacles. Résumé', *Rapport pour la Délégation Interministérielle de la Ville*, 6 p.

Hersent Madeleine (2002b) 'Initiatives locales de femmes immigrées dans les zones sensibles urbaines. L'exemple de la création d'activité de proximité. Analyse des potentialités et des obstacles', *Rapport pour la Délégation Interministérielle de la Ville*, 89 p.

Hofmann E, Marius-Gnanou K., (2005), 'Empowerment des femmes et microfinance en Inde : entre relativisme culturel et instrumentalisation' in Guérin et alii, *Microfinance en Asie : entre traditions et innovations*, Paris/Pondichéry : Karthala/IRD/IFP, à paraître.

ILO (2002) *Women and men in the informal economy. A statistical picture*, International Labour Organisation (Employment Sector): Geneva.

Nobre Miriam (2005) « Femmes et économie solidaire », in J.-L. Laville et A.-D. Cattani (eds), *Dictionnaire de l'Autre économie*, Paris : Desclée de Brouwer, pp. 333-342.

Perrot Michèle (1995) 'Identité, égalité, différence. Le regard de l'histoire', in : Ephesia, *La place des femmes. Les enjeux de l'identité et de l'égalité au regard des sciences sociales*, Paris : Le Découverte, 39-57.

Sabourin Cécile (1999) 'Les rapports économiques au XXIe siècle : Penser et agir autrement' *Contribution au Colloque international 'La recherche féministe dans la francophonie plurielle'*, 17-21 mai, Dakar, Sénégal.

Sabourin Cécile (1998) 'L'économie solidaire et les femmes', *Caravane*, n°2, décembre.

Sabourin Cécile, Belleau Josée, Duval Michelle (2000) 'Atelier de réflexion et d'échange sur le renouvellement de la théorie économique d'un point de vue féministe et écologique', Montréal, Document non publié.

Semblat Marie-Lise (2001), 'Ces femmes qui vivent et agissent en milieu rural', *Intervention au Crédit agricole de l'Anjou et du Maine*, Décembre, 3 p.

PNUD (2005) *Rapport mondial sur le développement humain 2005. La coopération internationale à la croisée des chemins. L'aide, le commerce et la sécurité dans un monde marqué par les inégalités*, Paris : PNUD/Economica

PNUD (1995) *Human development report 1995. Gender and human development*, New York/Oxford : UNDP/Oxford University Press.

Unesco (2003) *Genre et Éducation pour tous. Le pari de l'égalité*, Paris : Unesco.

Verschuur Christine, Reysoo Christine (2003) 'Genre, pouvoir et justice sociale', *Cahiers Genre et Développement*, n°3, Genève : IUED/EFI/L'Harmattan.

Verschuur Christine, Reysoo Christine (2002) 'Genre et économie : un premier éclairage' *Cahiers Genre et Développement*, n°2, Genève : IUED/EFI/L'Harmattan.